

LA CONTIENDA DE LAS HADAS

Érase que se era, en un reino muy lejano, que es donde suelen suceder siempre estas historias, que reinaba un monarca llamado Neferto. Aunque la población era digna y generosa, el rey era un pequeño dictador un poco desalmado, que tenía a sus súbditos descontentos por los excesivos impuestos.

Su mujer deseaba, desde hacía muchos años, un sucesor (o sucesora, ya que en el reino no existía discriminación respecto al sexo que debían tener los herederos al trono). Sin embargo, el rey vivía despreocupado sin manifestar el menor entusiasmo respecto a la idea.

Dióse la casualidad de que un día, mientras la reina se ocupaba de los asuntos de Estado, sintió la necesidad de tomar aire fresco. Con esa intención, salió a los jardines de palacio, y, sentándose en el césped, después de respirar profundamente dos o tres veces, se quedó profundamente dormida.

En sueños se le apareció un hombrecillo que le dijo:

“Asunto mío no es,
Mas las hadas del pantano me envían
A que sin falta te diga
Que sin quedar preñada
Tendrás una hermosa niña”

Dicho esto, el hombrecillo desapareció, dejando a su paso una pestilente nube de humo, como tenían por costumbre los criados de las hadas del pantano. Al despertar la reina, se quedó pasmada, y durante el resto del día no pudo concentrarse en atender los asuntos de palacio.

Pasaron las semanas; La reina se olvidó casi por completo del asunto. Sin embargo, una noche de tormenta le pareció oír a lo lejos, fuera, una especie de llantina. Mandó a su dama de honor, Jalea, que saliese a ver que ocurría. La amable Jalea atravesó los jardines y, guiándose por el sonido, llegó a la fuente de oro. De allí provenían los llantos.

La dama palpó el pedestal con miedo, porque no sabía lo que podría encontrarse en aquella oscura noche tormentosa. Armándose de valor, fue rodeando la fuente hasta que su mano se topó con algo que le pareció una cesta de mimbre, de las que se utilizaban en aquellos reinos para transportar a los bebés. Y héte aquí que no encontró otra cosa sino una personita que berreaba desesperadamente en la oscuridad.

¡Pobre criatura –exclamó- ¿Quién te ha dejado aquí? ¿Eres hija de las hadas? Te llevaré a palacio para que mi ama pueda verte.

Sin perder tiempo, corrió a ponerse a cubierto.

Mientras, la reina había estado meditando sobre la tarde en que, misteriosamente, tuvo aquella visión en el jardín. Pensando en esto estaba cuando oyó unos gritos que decían:

-¡¡Mi reina, mi reina, mirad que poca cosa armaba tal escándalo!! La pobre niña estaba abandonada en nuestros jardines.

La reina pidió que se la acercase, y, contemplándola, recordó las extrañas palabras del hombrecillo: "...sin quedar preñada, tendrás una hermosa niña". Comprendió entonces que las hadas habían cumplido su palabra enviándole aquella niña, a la que llamó Agua, en honor a la noche de lluvia en que había aparecido.

El rey no estuvo muy de acuerdo al principio, pero viendo la felicidad de su mujer y las grandes cualidades de la niña, pronto fue cogiéndole cariño.

Así, la niña fue creciendo felizmente, alimentando su mente cada día y descubriendo cosas nuevas gracias a su curiosidad. Todo hubiera seguido así de no ser porque las hadas tenían continuas contiendas mágicas, y resultó que las hadas del pantano y las hijas de la Dama de la Noche tenían una pendiente desde hacía mucho tiempo.

Un día, buscando las hijas de la Dama de la Noche la venganza, una de ellas dijo:

-Sabed, hermanas, que existe en el palacio del rey Neferto una muchacha que no es hija de la reina. Y sabed también que fueron nuestras eternas enemigas, las hadas del pantano, las que advirtieron a la reina de la llegada de esa niña que es, sin saberlo, hija de campesinos.

-¿Qué propones, hermana?

-Propongo, hermanas mías, que hagamos fracasar el plan de nuestras enemigas.

Y, haciendo un círculo mágico, se pusieron a deliberar la forma en que podrían vencer a sus odiadas rivales.

.....

Estaba la princesa paseando una tarde por el jardín, como suelen hacer todas las princesas, cuando le entró un repentino cansancio y, dejándose caer sobre un parterre de pensamientos, se durmió. En el mundo de los sueños apareció ante sus ojos una mujer de edad madura, vestida con una capa ancha y negra, y le dijo así:

-Querida Agua, ¿sabes como llegaste a palacio?

-Gracias, señora, pero ya me han explicado que los niños no vienen de Paris –dijo Agua con ironía

La misteriosa visitante, que no era otra que una de las hijas de la Dama de la Noche, contuvo su rabia ante la burla y le dijo:

-Debes saber, insolente, que no eres hija de la reina, sino que apareciste una noche de tormenta en estos jardines. Eres hija de unos vulgares campesinos que por no tener con que alimentarte te dejaron aquí, confiando en la sobrada bondad de la reina.

Sin decir una palabra más, la señora desapareció (eso sí, más elegantemente que el hombrecillo, y con una sonrisa en los labios, porque sabía que se había vengado).

Agua se despertó, y, al recordar su sueño, se sintió desilusionada y abatida; no por la noticia de ser “de baja cuna”, sino porque, si el sueño no mentía, los que había creído siempre que eran sus padres, no lo eran.

Después de pensar mucho en ello, decidió hablarles, rogándoles que le dijese la verdad. Su madre se lo confesó todo.

Al principio siguió su vida de siempre, pero poco a poco fue creciendo en ella el deseo de conocer a sus verdaderos padres. Pidió a su nodriza más información sobre la cesta en la que había aparecido: -Pues verás –dijo ésta- yo misma fui la que te rescató de la tormenta, y recuerdo muy bien que era una cesta de las que se usan para guardar bebés, tanto en este reino como en el del rey Andreo- -¿Y hacia donde tendría yo que caminar para llegar a ese reino? La nodriza, que no era tonta, pronto imaginó las razones que tenía Agua para hacer todas esas preguntas, pero no quiso dar a entender que conocía sus planes. Sin embargo, cuando ya estaba a punto de retirarse, no pudo pasar sin decirle a la niña de sus ojos:

-Ten cuidado, el bosque que rodea este reino es peligroso.

Al día siguiente, antes de que amaneciera, con solo un hatillo a la espalda, Agua salía del palacio.

Anduvo todo el día, recorriendo varios pueblos y aldeas pertenecientes al reino de Neferto. Al caer la noche, llegó a un pueblecito cercano al bosque, donde le habían

dicho que vivía una adivina. Preguntó por ella y le señalaron su casa, que era la más alta del pueblo. Al llegar, la chiquilla llamó a la puerta. Le abrió una mujer de pelo negro y rizado, hermoso rostro y originales vestimentas. Agua preguntó por la adivina. –Soy yo, –le contestó–. Me llamo Niagara. Pasa. Sé a lo que vienes. Agua entró y descubrió un ambiente especial: Había allí cartas de tarot, una gran mesa con una bola encima y algunos objetos embotellados que prefiero no describir. La adivina dijo:

-Sé que vas a adentrarte en el bosque. Pero debes saber que te acechan varios peligros. -¿Qué peligros? –Preguntó asustada Agua; -Soy adivina, pero mis poderes no llegan hasta ahí. Solo sé que algunas hadas maléficas te están persiguiendo, y también sé que las hadas del pantano son amigas tuyas.

Agua pasó allí la noche, y al amanecer partió camino del bosque. Cuando se adentró en él, sintió los murmullos de las hojas, como si le estuvieran advirtiéndole para que no entrara allí.

Pronto empezó a oír risitas. Primero eran muy leves, casi imperceptibles, pero poco a poco fueron convirtiéndose en auténticas carcajadas.

-¡Se nota que eres extranjera! Nadie de aquí se atrevería a meterse en este bosque – se oyó de pronto. Y a estas palabras siguieron nuevas risitas.

-¿Quiénes sois y que pretendéis?– preguntó Agua como había leído en algunas historias de héroes, y en su voz se reflejaba enfado, además de miedo.

-Bueno, bueno, no te enfades; solo pretendíamos bromear un poco.

Ante el asombro de Agua, aparecieron ante ella tres pequeñas hadas de cara traviesa, como si de niñas se tratase:

-Somos hadas jóvenes- Agua iba a presentarse, pero el hada que parecía ser la jefa dijo:- No, no hace falta, sabemos quién eres. De hecho, pensamos ayudarte. Si sigues nuestro consejo, nada te ocurrirá, ¡recuérdalo!. Deberás batirte en duelo con la Dama de

la Noche. Debes estar preparada, y buscar la ayuda de los más pequeños. Recuerda que nos tienes como alidadas, y también a Trebolino. Y ahora véte, ¡ el tiempo se te está acabando!

La chica reanudó la marcha, preocupada por el desigual combate que le habían anunciado las hadas. ¿Cómo iba ella a pelear con la Dama de la Noche, ese hada tan poderosa y con tan mal genio ,según contaba su aya, Jalea, en las veladas del palacio?¿Y quién sería Trebolino?. Cuando llegó a un claro del bosque, a la caída del sol, decidió quedarse allí a dormir, pues había andado mucho y se encontraba muy fatigada. Bebió un frasquito de néctar que le habían dado las hadas, y, acurrucándose al pie de un haya, se durmió.

Le pasó desapercibida una cabaña que estaba casi oculta bajo los helechos. De allí salió, pasada la medianoche, una sombra que se sentó junto a la muchacha a esperar que se despertase, sin mover un músculo. Podéis imaginar el susto que se llevó nuestra Agua al ver ante ella a aquel desconocido, un hombre con aspecto de druida: Llevaba las barbas hasta los pies, y éstas eran totalmente blancas; iba vestido con una túnica púrpura y llevaba en la mano un saquito de hierbas. Agua, pasado el primer momento de estupor, y , ante el gesto amistoso del desconocido, se acordó de las hadas y preguntó:

-¿Tu no serás Trebolino?

-Lo soy, y, sin embargo, prefiero que me llamen Trébole...¡hadillas bribonzuelas!- dijo el hombre en tono pausado- Vamos a mi cabaña. Es acogedora – terminó, señalando al fondo, entre los árboles

La muchacha se levanto y siguió a Trebolino. Al llegar a la casita, el druida le ofreció un copioso desayuno, que Agua devoró olvidándose de su exquisita educación. Asimismo, la animó a calentarse junto al fuego.

- Bueno, ahora hablemos de lo importante: Para ser claro, tendrás que enfrentarte con la Dama de la Noche, que pretende arrastrarte al mundo de las tinieblas como

venganza definitiva hacia las hadas del pantano, que han sido siempre tus protectoras desde que tu padres se vieron obligados a abandonarte en el jardín de palacio. La Dama te ha preparado una singular prueba: Te retará a una partida de ajedrez. Si la ganas, podrás atravesar el bosque y descubrir la identidad de tus verdaderos padres, pero si no lo haces, sufrirás un terrible destino, siendo arrastrada hacia el abismo de las sombras. A Agua se le formó un nudo en la garganta. Se acordó de cuando el rey quería enseñarla a jugar al ajedrez .A veces se aburría y escapaba al jardín. Y ahora, ¡su vida dependía de una partida!...

Se despidió de Trebolino dándole las gracias, y se marchó. Cuando el camino frente a ella se bifurcó, siguiendo los consejos del mago, tomó la senda oscura y tenebrosa, en vez de la luminosa y llena de vida.

Pronto llegó a un estanque .No había ranas ni duendecillos de agua, y todo parecía dormir a su alrededor

Llegas tarde – dijo una voz tenebrosa- Te estaba esperando. Agua, asustada, y aún sabiendo la respuesta, preguntó: -¿qui-quien eres?

De entre la niebla salió una encorvada figura, vestida con una larga túnica negra, y una capucha cubriendo su arrugado rostro

-Muchachita, sabes quien soy. Empecemos la partida cuanto antes.

Sin previo aviso, emergió del agua turbia del estanque un enorme tablero de ajedrez hecho de coral y plata

-Confía en que tu “padre” te enseñase a jugar bien. He aquí mis reglas: Te cedo las blancas, hechas de plata, ya que empiezan primero. Las piezas están encantadas, igual que todo lo que te rodea. Obedecerán al sonido de tu voz. ¿Alguna duda? – era una ironía preguntarlo, ya que la pobre Agua era una duda toda entera.

La partida comenzó. Agua jugaba a la desesperada. Con un alfil intentó matar a la reina de coral ,que se había adelantado hacia su terreno, pero fue rechazada con un

simple peón. Entonces se acordó de las hadas...¡lo pequeño!. Comenzó a mover uno de sus peones, semiescondido tras el otro alfil, despacio tan despacio que la Dama no se percató, concentrada en avanzar hacia el rey de plata con su reina. Poco a poco, sigilosamente, fue ganando posiciones y acercándose hacia el rey de coral. Cuando la Dama quiso darse cuenta, su rey ya estaba acorralado lo que mas le indignaba, había sido eliminado por un ridículo peón, tan pequeño, tan parecido a su adversaria. ¿Como era que ella, poderosa reina de la Noche, podía ser derrotada por una simple mortal, y además hija de campesinos?

Pero ahí estaba, su rey había sido derribado

-¡Jaque, jaque mate!. Al pronunciar la niña estas palabras, la dama se esfumó emitiendo un grito horrible. En ese momento, el bosque se desencantó: De los tallos que parecían infértiles, brotaron hermosas flores, la luz lo inundó todo, y el tablero desapareció, quedando solo el peón triunfante, que flotó unos segundos sobre las aguas. Allí estaban, felicitando a Agua por su hazaña, las hadas del pantano y el anciano druida. Y con sorpresa descubrió que también estaban allí sus padres: Los que la habían cuidado siempre y los otros, por los que tantas desventuras había sufrido.

Aclarados los problemas, no puedo decir que “vivieron felices para siempre”, mas puedo asegurar que se crearon lazos de cariño entre toda la “familia”, y que, al llegar el momento en que Agua heredó el trono, supo gobernar justamente, mejorando la situación de todos los habitantes del reino.

Fin

**LYDIA TOMOS ALVAREZ, de 12 años de edad
Premio infantil III Certamen de cuentos Villa de Cárcar**